
31 DE AGOSTO

HISTORIA DE UNAS ONZAS⁽¹⁾

I

Ya se sabe lo que es San Sebastián durante los días de la famosísima «gran semana». Tiros, cohetes; bombardinos, batallas, cañonazos, fusilamientos; arcabuceos, fiestas de pólvora, ruido, polvo, cascabeleo de caballos, choque de vasos, gritos, interjecciones, risas, chismes, cuentos, calor, mucho dinero, cielo azul, silbas al presidente si hay fiesta de toros, algún que otro motín, quizás alguna que otra bofetada sonora, juego, pítimas, ruborosas «horizontales» perseguidas encarnizadamente por la policía, música fina en el Casino, música popular en el Boulevard, músineril en la Zurriola, acordeones no menos finos en tabernas y sidrerías, etc., etc.

La otra noche del 31 de Agosto fué como todas: como todas se estrujó en el Boulevard la gente y volvióse á estrujar en el Casino y á rezumarse en el campo de Alderdi-Eder; como todas hubo cohetes y co-

(1) ¡ Cuantos datos y pormenores sobre la ruina de San Sebastián contiene este trabajo son absolutamente ciertos y constan en documentos y referencias. (N. del A.)

mo todas también algunos bobalicones se pasaron horas enteras esperando á que les cayeran en la nariz pálidas ó doradas estrellas de los fuegos artificiales.

Mohínos, sordos, atufados de pólvora, huímos varios amigos y yo del Boulevard y del campo de Alderdi-Eder, y nos internamos en oscuras callejas de la antigua ciudad. Allí sombras, silencio, vacilantes faroles, la linterna del sereno que lucía lejos, muy lejos, cual gusano de luz, ó rápida, fugaz, como volante estrella corría de una acera á la otra.

Atravesamos rápidamente la calle, deseosos de olvidar el bullicio de la ciudad nueva para embargarnos en el misterio de la vieja. Tan sólo rumor de lejanas tocatas, chasquido de cohetes que estallaban como la bofetada de un «clown» y se perdían serpeando, luminosos, en las profundidades de un cielo negro, cuajado de temblorosas estrellas, nos recordaba que vivíamos á dos pasos del Madrid de verano.

Más lejos, en la calle del 31 de Agosto, perdióse ya por completo todo rumor. En esta calle se juntan iglesias, cuarteles, tabernas, cocheras y mancebías; por la mañana circulan devotos y beatas, por la tarde cocheros y soldados, por la noche viciosos de profesión ó marinos de algún buque extranjero que rondan á las «hetairas» donostiarras y despiertan á los tranquilos vecinos con el acompasado taconeo de sus zapatos.

También ¡oh espanto! en la calle del 31 de Agosto había fiesta, y música y baile. Eran veinte ó treinta marineros aficionados á la sidra; otras tantas mozas; un tamborilero que aporreaba mugriento parche; un pífano que deshacía la garganta por arrancar de su flautín picantes y retozonas notas.

—Qué, ¿hay boda? ¿Hay santo?—preguntamos á un «sidrero».

—Boda. «¡Piesta» (fiesta) de 31 de Agosto ya es!—respondió.

—¡31 de Agosto! ¡31 de Agosto! Sí, ya recuerdo...

Y á poco se llegó á nuestra memoria la triste fecha. ¡El 31 de Agosto de 1813! El incendio de San Sebastián, el saqueo, la muerte, la destrucción completa del pueblo, como Numancia, cual Sagunto; la heroica reedificación de aquella ciudad, por el furor del incendio reducida tan sólo á la calle en que estábamos, á esa gloriosa calle venerada en todos los pueblos donde sucedieron todas las cosas memorables y grandes, que se llama de la «Pavostria» en Zaragoza. «Corrillo de la Yerda» en Salamanca, de «Toledo» en Madrid, de las «Sierpes» en Sevilla.

Era, sí, la jamás vencida calle, honra de los pueblos valientes, ennegrecida por el incendio, manchada de sangre y de lodo, cubierta de chamuscados cadáveres, montón de llamas, de piedras, de víctimas que, por obra del patriotismo y de la terquedad de los donostiarras, había de convertirse muy luego en altiva cuna, en cariñoso regazo del otro San Sebastián moderno, magnífico, capital de España en verano... pero bárbaro vencedor del San Sebastián viejo, de aquel San Sebastián de «los tristes destinos...» Tan sólo unos marineros, algunos muchachos, dos ó tres viejos, el tamborilero y el pífano lo recuerdan en la noche del 31 de Agosto de 1897.

* * *

Tengo entre mis papeles, algunos borrosos, hallados en un viejísimo arcón roídos por los gusanos, que hablan de la memorable noche. Me los regaló una señora donostiarra muy vieja, poseedora, á más de los susodichos papeles, de dos caracoles marinos traídos por un pariente de Filipinas, de un enorme fanal que aprisionaba á un canario de cera y de cierta alfombra en que un moro, montado sobre amarillento camello, se disponía á matar al león, á un león de color de canela...

Ahí va el papel. Es una carta escrita por persona que asistió á los sucesos, que vió cómo los franceses, dueños de San Sebastián, lo defendían ya con sudores de agonía y al final de la guerra de la Independencia; cómo portugueses é ingleses, aliados, entraban á saco la ciudad y la destruían.

Ya sé que la carta es incorrecta, ingénua, falta de histórica gravedad. ¡Pero quisiera yo ver á conspicuos historiadores rasgueando con la pluma entre tiros, incendios, muertes, asolamientos, fieros males!

* * *

«Agosto de 1813.—Vsurbil.—Mi querida X.: Ya sabes, querida mía, cómo estamos desde Julio. No sé cómo no nos hemos vuelto sordos. Los franceses se defienden; ni un momento cesa el ¡bum! ¡bum! desde el castillo, desde las baterías, desde todas partes. Los irlandeses y portugueses, nuestros aliados, minan por todas partes y atacan por el lado del Urumea.

El otro día ¡qué miedo pasamos! creímos que entraban ya. La gen-

te apenas sale de casa. No sabemos nada de fuera. ¿Qué pasará en Madrid? ¿Y los niños y Enrique?

Aquí todos consternados, como digo. Sin embargo, creo que P. sigue muy bien sus relaciones con M. ¡Si no hubiera guerra! ¡El sí que la pone sitio en toda regla...! No esperamos socorros y vemos muchos heridos, muertos; hay oficiales franceses... pero muy sosos.

«Madame» por aquí, «mademoiselle» por allá, y cortesías, y mucho perfume y arrastrar el sable...

En este momento ha cesado de disparar una batería y puedo escribir con más tranquilidad. ¡Y estamos así desde Julio! ¡Y cuándo terminará esto!...

Interrumpí mi carta porque en aquel momento vinieron á registrar la casa unos francesotes. Todo lo miraban, hasta el «secreto», ya sabes, aquel «secreto» de la escalera donde mi padre (q. s. g. h.) guardaba la sortija de rubíes que te regaló después.

Ya sabían ellos que aquí todas las cosas tienen su «secreto» desde tiempos de Mari-Castaña. Así decía uno medio borracho:

—«Segreto! Guagdag, guardag, fusilag!»

¡Habrás visto bárbaros! Desde que entraron el año 1808 hasta hoy, los muy ladrones... ya no les queda más que San Sebastián, pronto se irán. Mi marido marchó á Usurbil, ya sabes, muy cerca al campo.

.....

Otra vez interrumpo la carta, pero ahora por algo más gordo. Decididamente esto va de veras. El ¡bum! ¡bum! ¡bum! no cesa un minuto. Los aliados entran á escape. ¡Sálvese el que pueda! Mi marido desde Usurbil me envía á todos momentos recado con las aldeanas. Joshepa la de Lasarte quiere que me vaya con ella. ¡Tengo un miedo! ¡Atravesar las filas enemigas!

.....

¡Qué ha pasado durante tantos días! ¡Qué ha pasado, Dios mío! No sé, lloro, no quiero acordarme... Desde mis últimas líneas, no recuerdo... Verás: cuando las escribía entra á toda prisa «Joshepa». «Señora, soldados llegar», dice: Oímos un lamento infernal; los chiquillos gritaban, los hombres corrían; la casa retemblaba con los cañonazos y creo que hasta maullaban los gatos en el desván. Sin saber cómo, guardamos en el «secreto» algunos cuartos... Luego las alhajas...

—¡Qué vienen!—se oía por un lado—y el ¡bum! ¡bum!

—Señora, por aquí; señora, por allá.

—Los ingleses!—se oía luego,

¡Son peores!—decía uno que pasaba corriendo por la calle.

Volcamos cofres, cogimos las alhajas, la pulsera, el aderezo, todo en los bolsillos, la plata... Mari Iñasi, la criada vieja, luchaba con un cucharón, que no podía meter en la basquiña... Por fin, todo lo guardamos. Mari Iñasi, empeñada en ocultar las alhajas en el «secreto». Yo no quise, y luego ya verás por qué me alegré. Salimos, pero al bajar, temblando, las escaleras, un hombre que subía de prisa nos asusta.

—¡Por Dios!—le decimos

—Señora—contesta él temblando más que nosotras.

Y de prisa, tartamudeando, le oigo decir:

—Señora.... su marido.... prestarme.... treinta mil reales. Mi conciencia. Todos vamos á morir.

Y en esto saca unos paquetes con onzas y medias onzas y echa á correr como si le llevara el diablo.

—A buena hora viene usted—le digo.—¿Para qué este dinero? ¡Vaya un estorbo! ¿Y qué hacemos con esto? ¡Tirarlo! ¡Qué embrollo!

Pero «Joshepa» se empeña en llevárselos, y formando un paquete con todo, se los coloca en la basquiña. ¡Y eso que no podíamos con el peso de alhajas, cubiertos, etc.... Ibamos andando muy despacio para que el sonido de nuestro tesoro no tentara á algún soldado de los que hallábamos al paso.

Las calles estaban desiertas, únicamente patrullas de franceses que pasaban de cuando, en cuando, carros de municiones.

Todo el mundo iba á las defensas. Fuimos por la calle del Puyuelo, más disimulada que las otras, y luego salimos á la del Campanario, cerca del muelle.

Allí un francés nos insultó y empezó á perseguirnos.

En aquel momento creímos que se nos venía el mundo encima: un cañonazo sonó muy cerca, y nos ensordeció. ¡Uf, qué apuros! Por fin llegamos á la puerta de Tierra, á las murallas. Aquello estaba negro como boca de lobo. Ya recuerdas el sitio. Es donde salíamos el último verano á esperar la «galera».

Hay allí un banco, donde hemos hablado mucho, donde X etcétera.... ¿No recuerdas el «Cristo de Tito», colocado sobre la muralla?

«Tito» era aquél italiano que encontrábamos todos los días al salir de misa y nos saludaba ceremoniosamente con su sombrero, en que llevaba, según creo, un Cristo ó una Virgen de plomo. No sé, pero

creo que ha muerto este invierno Sin embargo, el Cristo sigue alumbrado, y porque lo alumbraba con su dinero, le llaman «el Cristo de Tito», el del «Italiano», etc. ¡Quién me había de decir que en mis apuros del otro día de acordarme de «Tito», de aquel «Tito» que de pequeñas nos daba miedo y de grandes nos hacía reír al saludarnos con su «¡buon dia señora!».

Ya puedes suponer que al ver el Cristo fuimos á persignarnos y á rezar. ¡Si vieras con qué tranquilizadora mirada nos animó el «Cristo de Tito!» ¡Rezar digo! Era imposible. Había allí con sus cestas y gallinas que cacareaban, muchas caseras sentadas.... Un guardia francés las impedía pasar y con el fusil las rechazaba. Ellas querían á todo trance salir de la plaza. Un oficial, rubio, de París, se burlaba con su compañero de las aldeanas: de sus sayas en forma de campana sujetas al jubón con unos tirantes. Y con tono de desprecio decía: «Des paysannes.»

Y seguía fumando y mirándonos. Otros oficiales charlaban con tranquilidad, y la palabra «Empereur» se repetía mucho.

Los soldados y las caseras disputaban. Una sardinera del muelle puso como chupa de dómine á los franceses y «Demonina» les decía y «pranses condenaro», etc.

Ellos se reían. Al verme las aldeanas vinieron á mí y cesó por un momento la Babel que armaban las gallinas cacareando, el vascuence, el francés, el cañoneo, los tiros. La gente se había calmado y todo lo del asalto era una falsa alarma. Las caseras querían salir conmigo. Los oficiales venían á mí saludandome.

—«Madame señoga!»

Era un comisario de guerra, Pontois, muy guapo, muy fino, que alguna vez nos habló en la Puerta de la Tierra.

El nos enseñaba palabras francesas y nosotros á él españolas.

Le hablé al oído sonrió, hizo muchas reverencias.

—Pasen, señogas! No tengan miedo de ingleses! ¡Uf! El «Empegadog» no teme nadie. Contamos muchos cañones.

Y se retorció el bigote y jugueteaba con una fusta.

—*¿Y esas mujegues?*—dijo señalando á las caseras.

Entonces te confieso que tuve valor.

—¡Son también ctiadas!

Se inclinó y salimos. El oficial delante, yo detrás, las caseras muy calladas luego. Así llegamos á las *Pajiñas*.

Las avanzadas inglesas estaban muy cerca; el oficial empeñado en se-

guir contándonos si la plaza era invencible, etc., etc. Si da unos pasos más lo cogen ó lo matan.

Se volvió, á nuestros ruegos, hizo varias reverencias y yo les dí gracias. ¡Y ya estaba sola con mi caravana!

Fuimos por la playa. No lejos veíamos á los ingleses descansando tranquilamente. Por aquel lado no iba la cosa. El cañoneo no nos molestaba. ¡Con qué gusto respiraba al lado del mar! ¡Qué días! ¡Qué emociones! ¡Y eso que hacía un calor! ¿Tendremos galerna?—pensaba.

En el mar había ya sus *borreguitos* y el calor era horrible. Así atravesamos toda la playa hasta el Antiguo, y allí muy pronto caía en brazos de mi Pepe, que aguardaba con las mulas para llevarnos á Usurbil. Y hétenos ya subidos en la *cartola* y hacia el pueblo. ¡Llegamos por fin! ¡Todos estaban intranquilos! ¡Figúrate! La pobre mamá lloraba y decía á Pepe:—Ya te decía yo que Dios devuelve su mujer al hijo que salva á su madre!

Los niños jugaban «á los franceses»: hacían el *¡bum! ¡bum!* de los cañones. Pero este era otro *¡bum!*

II

«Usurbil 31 de Agosto de 1813.—Querida X.: ¡Por fin! ¡Por fin! Entraron los ingleses.... Fué ayer. ¡Gran día! Lo que nadie podía creer, sucedió. Nos lo dijo Pachica la casera de Torrea, que venía escapando. —«¡Aita ta semia! ¡Pranseses huir! ¡Los de gorro colorao entrar! ¡Dimonios no son esos ó así?»—nos decía haciéndose cruces.

En seguida mandamos decir una misa y fuimos todos, chicos y grandes, á la iglesia. ¡Hasta Zubieta, aquel que estuvo en París, que decían si creía ó no creía, hasta ese fué! Pero estábamos llenos de curiosidad. Nada sabíamos. A veces cualquier ruido lejano nos parecía un cañonazo, y estábamos un rato con la mano puesta en el oído. Los chicos jugaban en el desván «al francés» y cantaban coplas en vascuence contra ellos. En la cocina ¡una de fregoteo, risas, de mentiras!

No nos contentábamos con eso. Así, aun cuando estaba el día caluroso y de viento Sur, salimos hácia el camino de San Sebastián en las mulas. Toda la casa se puso en revolución.

Pepe descolgó un antejo de marina que le regaló su amigo Alcalá Galiano; el cura D. Ignacio llevaba otro traído de París y puesto en el puño de un bastón; el maestro llevaba un plano; ¡habías de ver, chica! ¡qué tipos! Parecíamos del «santi, boniti, barati...» Hacía tanto calor, que nos detuvimos en un caserío á tomar agua. Allí estábamos cuando pasó á toda prisa un hombre con varias mulas cargadas de ropas, sillas, colchones.

—¡Eh! ¿qué pasa?—le gritamos.

—«¿Que qui pasa? ¡Pus confites! Era un arriero riojano que huía de San Sebastián y no nos dijo más.

Más lejos vimos á varios hombres subidos en un carro tirado por bueyes atascados en el barro. Iban muy tristes. Un chiquillo lloraba, como espantado aún, ¡pobrecillo! Allí ya supimos más: ¡los ingleses y portugueses habían entrado en San Sebastián por fin, aprovechándose de las arenas formadas en la Zurriola, habían embestido la plaza y entrado á los primeros asaltos! Pero aún duraba el tiroteo.

—«¡La fin del mundo parese, señora!»—nos dijo el casero que llevaba el carro. El día era caluroso, como te he dicho: amenazaba «galerna»: el polvo formaba remolinos: íbamos sofocados. No te quiero decir lo que nos sucedió en Gastamendi. Pepe iba delante hablando con el señor cura... de pronto un grito; ¡qué susto! Un hombre que se esconde rápidamente en los zarzales y huye.

—¡Pícaro! ¡bribón! ¡ya verás!—le gritaban el señor cura y Pepe.

Vimos un momento alejarse al fugitivo, que cojeaba: lleva el uniforme francés, pero con un pañuelo en la cabeza y manchado de barro, de sangre, atortolado como un pájaro. ¡Infeliz! ¡Sabe Dios si lo cogerían los aldeanos!

Llegamos por fin al caserío de Borroto, que domina la ciudad. Muy lejanamente se oía cañoneo, fusilería. ¡Pero estaba todo tan tranquilo, los montes, los valles, el mar! Veíamos los fogonazos, y su humo subía á empellones muy pausadamente, como aletargado por el azul ardiente del cielo. ¡Era una cosa muy rara! ¡Y allí se batían y morían! Pero el tiempo no estaba muy seguro. Los caseros decían «malos tiempos», y... mirando á la cima de Igueldo, que se cubría de unos nubarrones cárdenos de plomo. De pronto cesó el ruido. El calor era de horno. Nos instalamos en el campamento. Pepe y el cura colocaron sus anteojos; el cura decía que donde ponía el ojo ponía la bala, y los caseros ¡figúrate!, no habían visto anteojos; estaban haciéndose cruces.—

¡Brujería ya es!—decían mirando por el revés del antejo.—¡Formal no es, pues!—añadían al observar que no veían nada. Miré yo un momento; sí, me pareció distinguir así como llamaradas. Pero había bruma, y no se distinguía bien. El señor cura, con su antejo-bastón, no cesaba de distinguir cosas á cual más estupendas:—¡Mire usted, ya huye el francés! ¡Uf, cómo corren! ¡Ahí va el primero de Lusitania! ¡Adelante!—gritaba.—¡Ahora cae un oficial! ¡Adelante! ¡Ahora rodean á un general! ¡Uf, Virgen Santísima, cuántos hombres encarnados! «¡Demonios!» Ya entran más.—Pepe distinguió con su magnífico antejo la torre de Santa María. El reloj se había parado á las diez; estaba destrozado á balazos. En esto, como en una función de fuegos artificiales, oímos mil ruidos de fusiles, cañones, un toque muy apagado de corneta. Era sin duda la agonía. De pronto cesó todo ruido...

El cielo se iba cubriendo, «galernazo» seguro; los caminos se cubrían de polvo, los árboles se movían, las hojas rodaban: la decoración de siempre en «galerna». Yo me senté. El señor cura seguía dándonos pormenores del combate. «Ya están den...»—decía. La palabra se le cortó: un ruido formidable, seco, nos heló; la ciudad se cubrió de humo, el mar también, desapareció todo; el humo corrió por los montes. ¡Qué horror! No veíamos nada.—¡El polvorín!—gritaba el señor cura.—¡Pillos, si habían de hacerlo! ¡Traidores! ¡Infames!—Nada veíamos. El humo se fué deshaciendo y entonces vimos el pueblo; pero se nos aparecía como negro, de carbón... Cuando ya se disolvió todo el humo pudimos contemplar los destrozos; alguna casa parecía arruinada. ¡Qué sé yo! Buscábamos nuestra casa. No hubo de qué.—¡Virgen Santísima!—gritaba el cura.—¡Pillos!

En esto cayó una gota muy gorda, luego otra y después «galerna»... Mi Pepe se puso el «capnsai» (esclavina con capucha) del casero, y parecía un fraile franciscano. Nos volvimos. Ya te contaré más. Un abrazo y un beso de tu M.. »

«Usurbil 1.º de Septiembre.—Ya lo hemos sabido todo por los caseros. Entraron los ingleses, estalló el polvorín, ¡qué espanto!... Pero no sabes tú lo principal, y es que San Sebastián á estas horas no debe existir ya... Verás... Anoche dormimos por fin, como Dios nos dió á entender, en el caserío. No había medio de volver por la lluvia, que cayó como nunca. Ya estábamos acostados, no cesaba de caer; era una de tronar, de relampaguear... Encendimos una vela á Santa Bárbara. De pronto los caseros entran gritando:—Señor amo, ¡fuego!, ¡fuego!—

Figúrate. Nos levantamos, nos asomamos á la ventana: la noche negra, truenos, gritos del viento, un temporal deshecho. Pero allí en el fondo, ¿cómo podrá decírtelo? Allí una hoguera, ¡qué hoguera! un volcán de chispas, de llamas, de humo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! San Sebastián perece. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Horrorizados huimos... Mi Pepe nos dijo luego que seguía la catástrofe... Cuando el viento soplaba de nuestro lado oíase una campana muy angustiosa... Nosotras rezamos, lloramos, heladas de horror. ¡Dios mío, mi casa! No quise acercarme á la ventana; pero á veces algunos resplandores la iluminaban, y allá lejos, muy lejos, veía San Sebastián ardiendo en la noche negra y oía los truenos, ¡qué horror!...

«Usurbil, 2 de Septiembre.—Ya sabrás que San Sebastián no existe. ¿No lo crees? Ya lo sabrás. No, no existe, no existimos... Sabemos toda la verdad: es tal que no puedo contártela porque horroriza. Era verdad lo del incendio, el polvorín, ¡todo!

De San Sebastián no queda más que el castillo y algunas casas del pueblo viejo. ¡Todo ha concluido! No tenemos casa, ni dinero, ni amigos. ¡Reza, reza por nosotros, que bien lo merecemos!... Hoy empezaron á llegar los fugitivos. No te quiero decir. Venían pálidos, heridos, alguno loco de espanto. No quería yo preguntarles. Algunos no se dan cuenta, otros exageran, hay quien las echa de valiente... pero todos están conformes en lo atroz del suceso. ¡Es de los que no se ven en siglos! El tío Juan no se sabe de él, Pedrito herido, la criada Pella desaparecida, el ama Peregrina muerta...

Pero lo atroz del caso es esto... Cuando me contaron lo que te voy á referir, me acordé del abuelo Ignacio, el marino. Siempre, lo recordarás, estaba con su tema que creíamos manía.—Los ingleses—nos decía siempre,—malos, mala gente, los conozco. Nos odian. Les he oído maldecir de Guipúzcoa. No nos perdonan las picardías que les hicimos los vascongados en el mar. ¡Ya se vengarán! ¡No nos pueden ver!—Y cuando nos reíamos, recordarás que iba á su cuarto y traía el famoso pañuelo de seda y lo extendía sobre la mesa. Tenía ese pañuelo el mapa de Guipúzcoa, ¿te acuerdas? Pero faltaba en él el nombre de San Sebastián. ¿Véis?—nos decía.—¿Véis? Este es el «Delenda est San Sebastián». Ya lo juzgan muerto.—De estos pañuelos vinieron muchos aquí, y aún creo que debo conservar alguno.—¡Cosas de viejos!—decíamos.

Pues cosas de viejos ó no, el caso es que ayer cuando todos feste-

jaban á los ingleses y portugueses que entraban triunfantes en San Sebastián, de pronto empiezan éstos á disparar tiros; un buen señor que, agitando el pañuelo, gritaba desde el balcón: «¡Viva España!» cayó de un balazo muerto. Aquellos brutos gritaban: «¡hurra! hurra!» Entonces empezó lo que no te puedo contar.

Borrachos, locos, entran por todas partes, roban, matan, incendian, asesinan, violan. Luego el fuego: caía el agua á cántaros, Ellos seguían blasfemando, cantando, emborrachándose, y á todo esto el pueblo ardiendo. Mira algunos detalles que pintan á lo vivo el suceso. Me aseguran que un portugués quiso partir á un niño en dos pedazos; pero otro le hizo observar lo blanco y hermoso de la criatura, y esto le salvó. A uno le quitaron los calzones y los zapatos... Unos ingleses se entretenían en disparar tiros por los agujeros de las cerraduras... En cambio trataban á los franceses con humanidad y cariño... Los portugueses violaron á tres mujeres... Pachi el cirujano me ha contado que no hace aún tres horas ha visto ¡esto es horrendo! en la calle de San Jerónimo un cadáver de mujer, ensangrentado, atado á una barrica de sidra, desnudo, con una bayoneta clavada... Los soldados ingleses la miraban borrachos. A Crispulo el alpargatero le pidieron «onzas», muchas «onzas». Luego se arrojaron sobre su mujer y sus hijas y las arrancaron pendientes, aderezos, todo, violentándolas después tras de una lucha á bocados, á puñetazos y gritos... Una mujer y sus hijas, según me ha referido un fugitivo, huyeron al tejado, como caía el agua, entraron en la guardilla: los soldados con teas recorrían los rincones, y volvieron espantadas al tejado. Toda la noche se oían gritos de «¡Máteme usted!» ronquidos de agonizantes. Gentes desnudas corrían por las calles. A un chocolatero le pusieron fuego en pies y manos.

No se libró una anciana de sesenta y seis años ni su nieta. Muchos creo que se refugiaron por los tejados en el cuartel. Unos aseguran haber visto á una anciana abierta en canal, desde el cuello hasta la matriz. A Juana, la muchacha de don Pascual, la han visto muerta desnuda. A muchos los desnudaban, y uno que pasaba por la calle de Esterlines vió á otro en cueros y se escondió. A nuestro sastre le sacaron de casa para fusilarle. A Pachi Aldamar le cogieron los ingleses.—«¿Tú french?» (tú francés)—le preguntaban. Y como no respondiera, le daban culatazos. A don Manuel Brunet le robaron la casa. El marqués de Montefrío se asomó á una ventana del patio: un inglés le apuntó, la marquesa llegó entonces.—¡Soy española!—gritó, cayendo atravesada de un balazo.

Esto me aseguran. Y esto es el principio del fin. ¡Aún lo ignoramos casi todo! se dice que los ingleses tenían el golpe preparado.

Algunos llevaban planos de las casas de los ricos. ¿Será verdad? Creo que muchos vecinos van á declarar ante el alcalde para reclamar á nuestro... «dulce» aliado el duque de Wellington.

De San Sebastián no queda más que una calle en ruinas, como te he dicho ya. El incendio se apaga. Los soldados, borrachos ya muchos de ellos, se caen por las calles mezclados con los cadáveres.

—¡Hay una vara de fangos de escombros, de sangre, de muertos!— me dice un fugitivo que llega ahora. Adios, reza.

Tuya más que nunca,—M.»

«Usúrbil, Septiembre 1813.—¡Locos, pero locos sublimes!

Hoy se han reunido en Zubieta, ya sabes, á dos pasos de San Sebastián, en aquel valle tan bonito... se han reunido los vecinos de varios pueblos para acordar reedificar—¡nada menos!—San Sebastián.

Según Pepe, que ha asistido, iban todos vestidos de luto; muchos lloraban; hubo discursos emocionadísimos. ¡Figúrate! Todos han perdido sus casas; muchos parientes. ¡Reedificar San Sebastián! Ha muerto para siempre.

Esta tarde han venido los de Zubieta á pedirle dinero á Pepe para «reedificar San Sebastián». Le he dado los 30.000 reales en onzas y medias onzas que me dió aquel deudor inoportuno al bajar las escaleras de casa el día de mi fuga. Ya te lo conté.

Con ese dinero empezarán á desescombrar San Sebastián para hacer... el «futuro».

¡Locos, más que locos! ¡San Sebastián ha muerto! Tuya y reza,—M.»

*
* * *

De aquellos escombros nació el San Sebastián de hoy.

¡Noble y oportuno deudor de las onzas y de las medias onzas! Gracias á tí, San Sebastián no «ha muerto para siempre», como dice en sus ingenuas cartas la bondadosa señora que de tí recibiera el dinero con que la gran ciudad donostiarra se fundó. No conocemos tu nombre, mas sí el de la dama que consta en nobilísima familia.

Mas tú, desconocido deudor, que llegaste hasta ella para calmar tu

inquieta conciencia, tú debías volver á la vida y admirar el San Sebastián de hoy, honra de España, con tu dinero creado, con la semilla de tus onzas nacido.

Y es más: debían levantarte una estatua en que se te honrara como á verdadero fundador de la ciudad y como primero y quizás único deudor que ha saldado en este mundo sus cuentas.

RODRIGO SORIANO.

San Sebastián 31 de Agosto de 1897.



CURIOSIDADES EUSKARAS

Juan de Urbietta

En los tercios vascongados
que lucharon en Pavía
con la indomable bravura
de la española milicia,
formaba aquél Juan de Urbietta,
muy famoso por su vida,
honrado por sus acciones,
noble por sus valentías...!
Era el ejemplar soldado
modelo en su compañía
de proverbial honradez,
de valor y disciplina;
y jamás los capitanes
á cuyas órdenes iba
tuvieron que amonestarle
ni aún por la falta más nimia.
Patriota, leal y firme,
él á su nación servía,
no por ganar recompensas,
aunque gran falta le hacían,

sino por darla esplendor
siempre que ocasión tenía,
pues también puede un soldado
dar grandes gloriosos días.
Cuando el bravo rey Francisco
miró dispersas sus filas,
corrió á buscar en la muerte
el término á sus desdichas;
pero herido y fatigado
su corcel, rotas las bridas,
desfallecido el monarca,
el alma triste, afligida,
vencedor el enemigo,
la tierra en sangre teñida,
las banderas, negras, rotas,
destrozadas hechas trizas;
el sol huyedo aterrado,
las legiones fugitivas,
prisionera la nobleza
y todo, en fin luto y ruinas;
no encontrando en sus desgracias
ni un consuelo ni una dicha,
lanzóse á morir valiente,
pero en vano lo quería,
pues de un grupo de soldados
salió Urbieta á toda prisa:
vióle bajar por la cuesta
que cercana se extendía,
y cuando llegó á su lado
contempló despavorida
la figura del monarca
que la muerte le pedía.
—¡Jamás! Jamás, rey valiente,—
Juan de Urbieta repetía—
que dar la muerte á un vencido
infamia fuera inaudita.
Entregad pronto la espada,
pues los míos se aproximan,

y si un atropello intentan
respondo de vuestra vida.

.....
Quedóse el rey prisionero,
y es fama y hay pruebas fijas
de que jamás olvidó
una acción tan noble y digna.

F. DE ARECHAVALA.



VIZCAYA

GAZTELUGACH

El señorío de Vizcaya, cuya costa es un panorama de los más pintorescos é interesantes paisajes, resguarda, entre otros muchos, al revolver el cabo de Machichaco, uno de imponderable rareza, rodeado de mar, del que surgen dos pequeñas islas ó peñones bastante próximos, sobre el mayor de los cuales, y en su misma cúspide, se alza un pequeño monumento. Isla, peñón y edificio, llevan por nombre Gaztelugach (1), y distan dos leguas largas de la vieja villa de Bermeo, á cuya jurisdicción pertenecen.

Si se mira con algún detenimiento á este edificio, que blanquea sobre el fondo azul del horizonte, parece que corre peligro de desplomarse sobre las aguas del Océano, porque desde aquel sitio eminentísimo desafía á las tempestades; porque la colina que le sustenta es escabrosa y á trozos cortada á pico, y porque para llegar á sus puertas hay que subir trescientos escalones, que están ligados, por un lado, á un puente de dos arcos, tan recio y fantástico, como separado de las reglas de la estética y de la buena construcción, y por el otro, á enormes peñascos batidos bravamente por las inquietas olas del mar.

(1) Castillo de áspero y difícil acceso.

Historiadores de buena fama aseguran que, allá en lo antiguo, Gaztelugach fué un monasterio de Templarios, habitándolo, después de la extinción de esta orden, canónigos premostratenses de la orden fundada por San Norberto, y de quienes es fama que lo abandonaron al comenzar el siglo XIV.

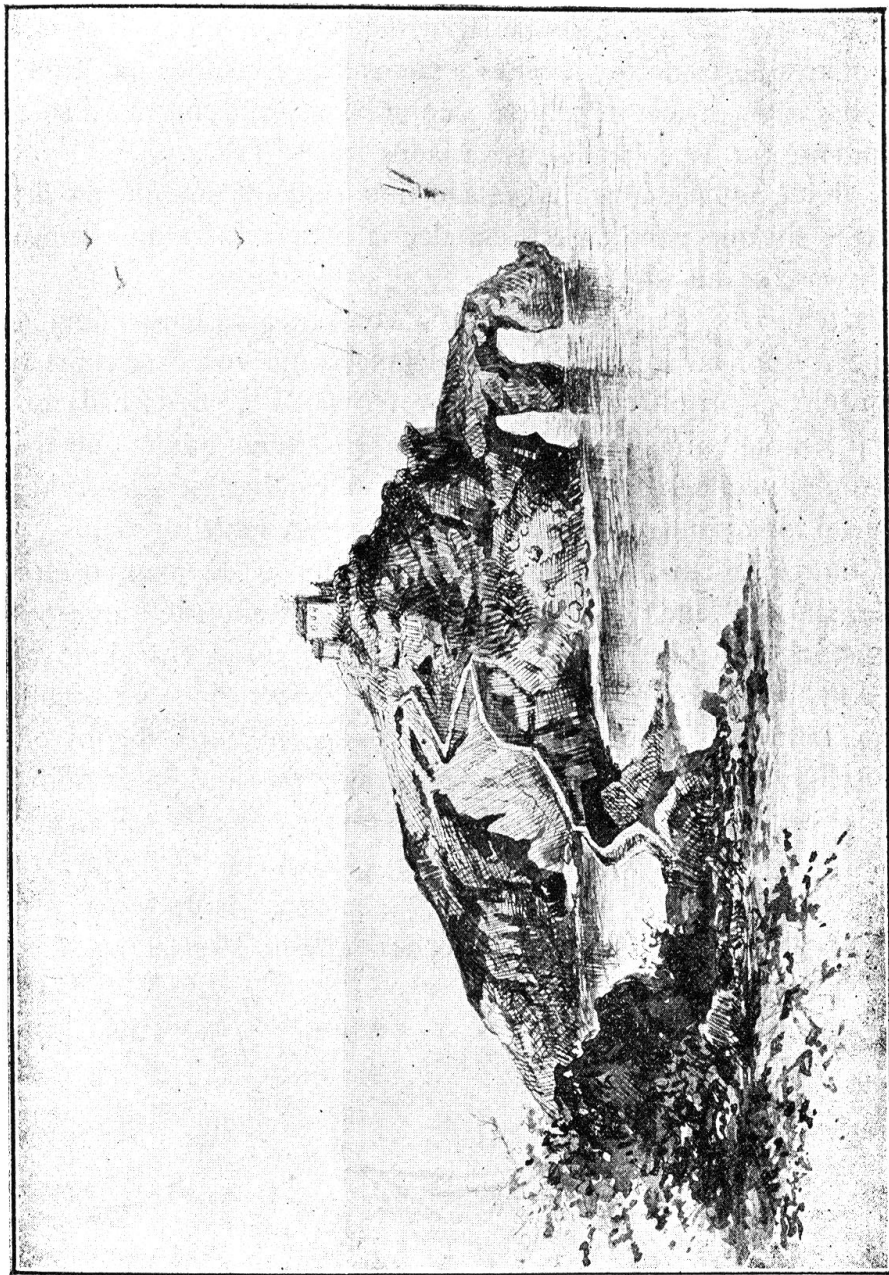
Pero lo que no ofrece duda es que el edificio, que, como nido de águila, coronaba la cúspide del Peñón, fué fundado el siglo X, bajo la advocación de San Juan Bautista, por dueños de las casas labradoriegas, y que en los promedios del siglo XI, don Iñigo Ezquerria, IV Señor de Vizcaya, y su mujer, le denominaron San Juan de la Peña, á semejanza y devoción de la muy renombrada real casa que, del mismo nombre, existía en Aragón.

A pesar de lo comunicado que se hallaba este santuario de Gaztelugach con el resto del mundo, y de la aspereza de cuanto le rodeaba, fué muy visitado, desde los primeros tiempos de su fundación, por personas de todas jerarquías, pero más particularmente por navegantes, que, en los momentos de peligro, le ofrecían votos y promesas, que jamás dejaban de cumplir. Y aún hoy mismo es tan ardiente la fé que profesan á la imagen que allí se venera, que no pasa un día sin que acudan á él romeros llenos de gratitud ó de esperanza, y trepen á pie descalzo ó de rodillas los cientos de escaleras que separan á la base de la empinada colina. ¡Y con qué amor, y con qué fé, y con qué resignación acometen esta durísima empresa! Ocasiones hay en que llegan á las puertas del templo cargados con la gavia, vela ú otro pesado objeto de la nave zozobrada, agobiados por el cansancio, amoratada la color, ensangrentados los pies ó las rodillas, y manando copiosísimo sudor todos sus miembros, sin cuidarse del mugidor vendaval, que azota con furia los vetustos paredones.

Véase cómo describe un antiguo escritor una de las romerías á San Juan de Gaztelugach:

«Eran de ver—dice—aquellas empinadas cuestas, los linderos que festonean la cresta de los precipicios, las orillas del mar, y cuantos sitios le daban vista, preñados de romeros que iban y vanían, subían y bajaban y se revolvían por todas partes, henchido el corazón de regocijo, satisfechos unos de haber puesto al pie del altar sus más acendradas oraciones, anhelantes los otros de llegar al mismo sitio para cumplir sus promesas, según había sido práctica constante de sus antecesorres Y no contentos con esta obligación penosísima, acordaron, siguiendo

GAZTELUGACHI



VISTA PANORAMICA DESDE EL MAR
(Cuadro de Carmen Delmas)

la tradicional costumbre de celebrar una romería general al santo que en cada ermita se venera, dedicar á éste otra semejante el 29 de Agosto, día en que la Iglesia celebra la decapitación del Bautista; lo que, propalado que fué por la comarca, hizo que acudiesen al citado santuario millares de romeros, jóvenes y ancianos, y ceñidas sus frentes las doncellas con coronas de pálidas siemprevivas, que contrastaban armoniosamente con el color de sus variados trajes» (1).

Y desde aquel día no ha pasado uno siquiera sin que la fiesta se celebre y sin que reine en ella esa alegría característica que imprime el pueblo vasco á sus diversiones.

Gaztelugach, merced á la acción constante y demoledora de los tiempos, y por otras grandes intemperancias que con él se cometieron, ha perdido su primitivo carácter, porque ya no le queda nada que revele su remota antigüedad. Por el contrario, quien quiera que ahora le contemple, verá con dolor que han desaparecido las estrechas celdas que ocuparon los canónigos premostratenses, y que aquellos viejos y retostados muros se han convertido en jalbadas tapias de mampostería, sin poesía, sin la leyenda que de la legitimidad vizcaína dejó escrita sobre sus mismos cimientos, hace más de quinientos años, el insigne y valeroso don Juan Núñez de Lara. Pero si ha desaparecido este monumento que tanto enalteció con su valor; si las inhábiles manos que tal profanación cometieron no han sabido conservar siquiera un solo rasgo que pudiese traer á la memoria las vicisitudes que atravesó en aquellos batalladores tiempos, á lo menos le ha quedado la naturaleza con su más entero salvajismo, con sus claras señales de irrupciones y movimientos subterráneos ocurridos en épocas que no alcanzan las historias.

J. E. DELMAS.



(1) Esta costumbre de coronarse las jóvenes con siemprevivas, aún se conserva en la romería de San Juan Degollado.

GAZTELUGACH



VISTA PANORAMICA DESDE TIERRA

(Dibujo de Carmen Delmas)

RECUERDOS DE LA MONTAÑA

*Conferencia dada en la Sociedad «Laurak-Bat»,
de Buenos Aires, por el presbitero
don Francisco R. Laphitz*

Empiezo por daros las gracias, por el honor que me habeis hecho al incluirme en el programa de este tan hermoso festival, y por brindarme la ocasión de evocar recuerdos de las montañas orígenes, de aquéllas donde se anida nuestro pensamiento, eternizando á lo lejos la expresión sincera de nuestro corazón:

«Sol de mis esperanzas
y mis amores
vive siempre escondido
tras esos montes
donde todas las tardes
el sol se esconde.
Si no te ven mis ojos
nada te importe
que mi alma te envía
sus bendiciones,
sus bendiciones
que son la expresión santa
de sus amores!»

No vengo con un discurso; aquí no estaría en carácter; vengo simplemente *elheka-artzerat*; á conversar. Quiero, debido á un violento vuelco de la imaginación, creer, que aquí no hay más luz que la producida por la crepitante llamarada de un tronco enorme que se consume por entregas semanales, que en las paredes, por toda decoración, hay un inmenso armario ennegrecido por el uso de los siglos; una estantería desde la cual relampaguea una interminable vajilla blanca: en el rincón, en el corazón mismo del muro, dos cántaros de barro ó de madera con refuerzos de bruñido cobre; tras de la puerta un fusil de chispa, de mucha *historia*, con un aire malicioso de contrabandista; sobre las llamas rueda el *pardera*, suspendido del *laatza*, y en su seno ya las castañas se alijeran y despiden un tufillo delicioso; el *pitarra* ó el *sagardua*, circula entre una numerosa familia de *menditarra*; los cuentos chisporrotean que es un encanto; porque bien lo dijo el poeta:

«De las cosas del mundo
son las más dulces
los cuentos que se cuentan
junto á la lumbre
junto á la lumbre
donde hay cabezas rubias
y ojos azules»

No quiero olvidar el *chakurra* dormido á pierna suelta en medio de la habitación sería un olvido imperdonable; no se completa una escena vascongada sin ese símbolo de la lealtad, aunque de ordinario lleve no apetitivo nada glorioso, pues lo suelen llamar, *kukusua*, *ohoina*, y *goseakhila*; quiero hacerme la ilusión de que nos encontramos en el hogar, en el *sukalde*: y allí veo y escucho, todo el alma de mis recuerdos.

El esfuerzo que os pido hagais, para conseguir esa composición viendo el lugar, es enorme; desde este palacio del «Laurak-Bat», aparece un tanto borrosa, aquella *etchea aiten aitez hantatua ta aphaindua* en su austera blancura y su sencilla aunque señorial apostura; el trabajo que os doy me lo perdonareis porque os prometo traer á esta reunión, aromas de las *lilia*, gorjeos del *erregue siñola*, rumores de los *haritzak* murmullos de los *errekek*, truenos del *itsasoa* y esos relámpa-

gos de notas, esas arremetidas ascensionales de una energía en triunfo, el *aurrera* y el *irrintzi*.

He escuchado más de una vez, una afirmación grosera herir una de las glorias indiscutibles de nuestra raza: y no he escuchado con el rigor que mereciera la verdad y deseara mi corazón tronar el escarmiento: se ha afirmado y se ha pretendido probar que los vascos no tenemos poesía; he ahí la afirmación; ¿pruebas? ninguna, porque simplemente las pruebas no existen; cuando se quiere deprimir, no hacen falta los razonamientos; basta tener el mal gusto de un niño que se entretiene en hacer pelotitas de barro y en lanzarlas contra un espejo.

¿Qué es la poesía? Ya la definió Campoamor de la única manera definible: «la poesía, eres tú». Esto es, aquello que hace abrir las pupilas como grandes y sedosas flores negras, aquello que siembra palideces de admiración en el rostro y temblores de alabanzas en los labios; aquello que seca la garganta en una ráfaga de ansias en delirio y humedece el corazón con una lágrima de satisfacción; aquello que cautiva, deleita, embriaga y sugestiona; ese angel con pillerías de demonio que huye las estrecheces de una Academia, para hablar libremente un idioma de misterios inefables; eso que vuela sin tener alas, ilumina sin proceder de ningún foco; eso que es tan hermoso cuando es sol como cuando es sombra; eso que se vé y no se puede tocar, eso que se siente sin que sea posible trasladarlo á molde alguno para darle una cara, porque su esencia es la huida, el desvanecimiento, la esfumación; eso que me ha costado tantas palabras, si haber en realidad dicho nada; eso que ninguno de vosotros habeis comprendido, pero que todos habeis experimentado, eso, es la poesía.

El que busque la poesía en otra parte no la encuentra y cae en la categoría de los estigmatizados por Trueba:

«Vulgo que no ves nunca
flor si no nace
día si no amanece
sol si no sale.
Estas canciones no oigas
que estas canciones
gustan al que las siente
no al que las oye.
La poesía eres tú, ¡oh Euskal-erria!

Arboledas seculares

mansos ríos, claras fuentes
auras puras, montes altos
vallecitos siempre verdes
casas blancas, torres negras
mares agitados siempre
paz y alegría en las almas
santo sudor en las frentes
esto inspira mis cantares
y esto mi Cantabria tiene.

La Euskal-erria, no podía menos de haber inspirado á su *erritarra*; no se puede rozar las flores sin llevar partículas de su esencia en la vestidura; no se puede vivir en los imperios del sol, sin tener iluminada la cabeza; no se puede ver correr el Urola ó el Bidassoa, sin copiar su pureza ó sus cadencias; ni es posible mirar de frente al Pirineo sin contagiarse con su grandeza, sin amar las nubes azulosas que la coronan, sin extasiarse como águila ante el sol que envuelve la fecunda montaña en un cortinaje luminoso, especie de caricia inmensa y blanca con que el padre del día, bendice á la hija que con más gallardía se alza y se acerca á saludarle con un beso de sus selvas, de sus cantares y de sus fragancias!

El vasco es fatalmente poeta; sabe sentir hondamente y traducir sencilla y claramente su sentimiento. Miradlo cuando arropado en su traje nacional, chaqueta corta ó ancho *zamarra*, calzado con *espartina*, cubierto con la boina y armado con el *makila*, emprende la ascensión de sus montañas por un sendero de cabras, alegre, erguido, *ariñ-ariña*, esquivando con un cuerpeo los manojos de cerezas que le acosan ó los penachos de los castaños que le cierran el paso; ese vasco, esa gallardía en marcha, ese que escala peñascos al compás de un *zortziko*, ese rey el único de su *sorlekua*, ese heredero del patriarca de los pueblos libres, ese que sube, escala, brinca, aletea y triunfa, ese que llega siempre á donde quiere llegar, ese que no tiene otro miedo sino que el cielo caiga sobre su cabeza, ese es un poeta, mejor dicho, es la poesía; *agur mutill*: qué importa que la Vasconia no pueda presentar al extranjero una biblioteca repleta de poemas, idilios, epopeyas y dramas escritos; qué importa; más valen los dramas, epopeyas, idilios y poemas hechos y vividos; y tú *mutill* en cada canto pronuncias un poema,

en cada suspiro un idilio, en cada arranque una epopeya y en cada lágrima un drama; *agur-mutill*, la poesía eres tú.

No teneis poesía, nos dicen, tan sólo teneis *kantoriak*; no teneis poetas; tan sólo teneis *bertsolariak*. Eso es afirmar que no se puede servir un buen vino en una copa y sí tan sólo en una bordelesa; la verdad es que hay coplas euskaras que encierran tanta poesía como la *Eneida* y el *Paraíso Perdido*.

¿Que riñen con la retórica? y bien; nos alegramos; si precisamente nuestra historia no es más que una riña eterna contra toda suerte de fútiles cadenas; no las queremos, son nuestro coco tradicional, la llevamos en la sangre, esa rebeldía gloriosa, somos hermanos gemelos del *arranoa* de nuestras montañas, hemos nacido en la misma cuna de granito, sin más jaula que la inmensidad, nunca han conseguido poner cadenas en nuestras manos ni en nuestros pies, es simplemente una locura el pretender ponérselas en el pensamiento; no lo podrán, porque no le darán alcance; ya pueden lanzar tras él todos los galgos de la gramática; está de viaje en las alturas, paseándose por las cumbres, á donde no llegan sino las águilas á pedirle lecciones de aleteo y las tempestades á endulzar maternalmente las rebeldías fecundas de su naturaleza. Tenemos poesía, y por lo mismo, no queremos asesinarla, engolfándola en unos moldes que sudan el suicidio:

Pajarillo enjaulado
canta muy triste,
porque sólo está alegre
quien está libre.
Yo feliz pajarillo,
rompí mi jaula
y á cantar vine en estas
libres montañas.
Hierro no sirvas nunca
para cadenas;
sirve para martillos
con que romperlas.

El vasco no sabe hablar sin poetizar. Apenas oye por la mañana el silbido dulcísimo de esa flauta encantada de los valles, del mirlo, del

chochoa, movido por un ímpetu misterioso derrama su corazón por la boca, con esta *Egunsentia*, de Artola:

La llegada de la aurora
¡cómo el alma regocija!
cuando la atmósfera encuentra
azul despejada y limpia.
Las estrellas poco á poco
á su aparición se eclipsan
y ya solamente un astro
en el firmamento brilla,
la luna, que al mar desciende
lánguida, como dormida.
Los pajarillos comienzan
en su dulce algarabía
á saludar al que rige
tanta y tanta maravilla,
y mientras cantan, la noche
desfallece y agoniza
y alegrando cielo y tierra
aparece el nuevo día.
En tanto, allá en el Oriente
donde el espacio termina
hermosa franja de plata
resplandeciente se inicia
y el astro del día asoma
del monte en el alta cima. (1)

Del espectáculo de la naturaleza, salta al hogar:

«Ikusten duzu goizean
Argia asten denean
Mendicho baten gainean,» etc.

(1) Por lo clásico lo real y lo sentido, todos los geniales poetas disputarían la fraternidad de esa composición, desde Homero á Guido y Spano.

Luego se interna en los bosques, como señor que se complace en recorrer su señorío y allí la inspiración le asalta de nuevo:

«Arboletan den
ederrena da
oian beltzean
pagoa
Itzak ederrak
ditugu baiñan
bertzetan degu
gogoa».

Todas sus manifestaciones encarnan un sentimiento; para él ni el cielo ni la tierra son hermosos sino después de rociarlos, vestirlos, adornarlos con unas goticas rojas del corazón; todo lo que han de noble y de santo pasa por su corazón primero y después trasládase á una nota, de la nota va al aire, y el aire, metamorfoseado en músico, se interna en las arboledas tarareando un preludio; los árboles se despiertan, se agitan, rumorean, estallan; los ecos de mil peñascos responden y se entabla un concierto colosal, que tiene armonizado al país vascongado en una perpetuación de amores y de poesías; aquello, es la antesala del Paraíso.

Cantar el amor humano; creo que en ningún idioma se habla tan decente, tan castamente como en el nuestro, de ese sentimiento tan frágil como bello. Si el cántabro ensalza el amor, es empezando por dar un consejo:

«Eperrak kantatzen du
goizean goizetan
ez asko fiyatzeko
mutillen izketan
Fiyatzen ba zerade
mutillen izketan
eroriko zerade
arri labauetan».

No es menos significativa la lección que da el autor del *Libro de las montañas* en esta estrofa:

«En tí, virgen sin mancilla,
pensaba yo esta mañana
vagando en las arboledas.
Cuando las aves alzaban
al que hace brotar las flores
el canto de la alborada.
Y holgué de no haber tocado
jamás tu mejilla casta,
al oír á un pastorcillo
que cantaba en la montaña:
Rosas en la cara tienes
y no me atrevo á tocarlas,
porque el olor de las rosas
si se las toca, se marcha».

Encarrilado de esta suerte, dá rienda suelta á sus afecciones, en camino tan escabroso, su misma nativa nobleza, lo ha armado caballero, y aunque su vida entera sea un grito interminable á su *maitea*, jamás hasta hoy, un vasco ha llegado, no digo á insultar, ni siquiera á empañar la santa delicadeza de una mujer; en nuestro idioma no se compondrán nunca zarzuelas de género chico y de vergüenza más chica todavía; nunca seremos autores de operetas ó de vaudevilles; somos poetas y la poesía, virgen de vestidura inmaculada, no se encuentra á gusto, sino sobre el pétalo lilial de una copla, ó en los valles amenísimos de mi *Artzain mutilla*.

Dadle pues, rienda suelta, cuando canta sus amores; su ingenuidad, su sinceridad y su hidalguía, no le inspirarán sino bellezas de legítima alcurnia y no ese frou-frou de majestades compradas ó falsificadas, esas caretas de oropel, esos ramilletes de papel que disfrazan un crimen ó una tontería.

Recordará á su amada, exclamando:

«Maitecho bat dadut nik
baiñan urrunsko.
Beldur naiz kanbia dadin
ni ara orduko».

ó bien con lo otro:

«Ume eder bat ikusi nuben, Renteriako kalean».

La saludará diciendo:

«Urso churia
errazu
norat joaten
ziren zu».

La despedirá con un:

«Adios izar ederra
adios izarra
zu zare aingerua
munduan bakarra».

Y cuando quiera pregonar los santos afectos del hogar, entonará:

«Nere andrea, andre ona
Gobernu ona du etchean.
Artzen duelarik bere alaba
Mari-Katalin altzuan».

El vasco tiene un culto especialísimo á la vida de familia, por eso todas las idas y venidas que la civilización le obliga á dar por el mundo, no son más que círculos más ó menos grandes que va dando al rededor de su centro, de su corazón que ha quedado clavado en el lejano hogar; la única escena que no le desilusiona, es su terruño, tibio eternamente de los abrazos de su idolatrada madre y de las cenizas sagradas de sus abuelos:

«Egia alde guzietan
toki onak badira
bañan biotzak dio
zoaz euskal errira».

por eso también lleva oculto este juramento en el alma:

«Naiz ez den gaztelua
maite dut nik, sor lekua.

Aiten aitez autatua.
Etchetik kampo zait iduritzen
nonbait naizela galdua.
Nola an banaiz sortu
an utziren dut mundua
galtzen ez badut sentzua».

Es que allí reposa la única felicidad proclamada por Antón el de los cantares:

«Felices los que tienen
su sepultura
donde padres y hermanos
tienen la suya.
Tienen la suya
refrescada con lágrimas
que no se enjugan».

Es que allí, está en vela, centinela que guarda intacto y fragante el Paraíso de nuestros más santos recuerdos, aquella mujer eternizada por Iparraguirre:

«Adios nere biotzeko
Amacho maitea,
laster etorriko naiz
kontsolazaitea».

Esa mujer que prima sobre todas las grandezas de la vida, como aurora que corona todas las magnificencias de un paisaje; esa para quien

«Cantaba un poeta: Madre,
que el dulce nombre pronuncias
del hijo de tus entrañas
en esas horas de angustia
en que un angel das al mundo
ó das tu cuerpo á la tumba.
Si una corona de gloria
ciñera mi frente augusta

yo la arrancaríá de ella
para ponerla en la tuya».

Esa á quien un vasco en desgracia, sufriendo persecución por la justicia, quiere ahorrar hasta la noticia, porque

«Negar egin lezake
nere amak baleki».

trató poco menos que como conspirador; no tengo derecho á que todo el mundo conozca mis ideas, soy un ilustre desconocido; ni he estudiado cirugía para abrir los oídos de un reporter que no los quiera tener abiertos; pero me complazco ante esta distinguida asamblea, en confesar que hallareis muy pocos que me ganen en cariño y admiración por la inmortal España; lo poco que he estudiado y razones personales y de familia me obligan dulcemente á ello; sólo que tengo bastante criterio, para distinguir entre una nación y los políticos que la zarandean. No proclamamos desmembraciones ó separaciones, ni mucho menos vamos á la guerra; lo confesamos bien alto en el *Gernikako Arbola*:

«Gerrarik nai ez dugu
pakia betike
gure lege zuzenak
emen maitatzeko».

No queremos odios; eso es indigno de nuestra alma, queremos simplemente justicia y mientras no la consigamos, ningún hombre de sentido común nos impedirá que clamemos:

«A la sombra de un árbol
de nuestros valles
la libertad se asienta
diez siglos hace.
Quien ese árbol bendito,
profane ó hiera

más brillante, más joven y más buen mozo que nunca. La tristeza no puede echar raíces en nuestra alma; me atrevo á decir que un vasco

tristón es un vasco renegado. En prueba de lo dicho, voy á leeros unas sátiras, de esas finas que no hieren, porque se resuelven en un desgranamiento de carcajadas; oigamos á Trueba:

«Según la fábula dice,
aun no acabado el jaleo
de la boda, perdió Orfeo
á su mujer Euridice;
y echándolo todo al cuerno,
en pos de su dulce encanto
corrió tanto, tanto, tanto
que no paró hasta el infierno.
Hay quien dice que fué bestia.
Orfeo como ninguno,
pues, por hembras no debe uno
tomaase tanta molestia;
pero ¿al mes del matrimonio
hubiera el músico tracio
corrido tan largo espacio
por su mujer? Un demonio!»

Con todo no es exclusivista en sus dardos, porque tiene la entereza de no recargar espaldas ajenas con responsabilidades propias; por lo cual, remienda la anterior canción con la siguiente:

«Hurtando el fruto vedado,
Adan nos fastidió mucho;
Y nos fastidió menos
Eva induciéndole al hurto.
La humanidad, desde entonces,
Disputa muy á menudo,
Sobre cual de los dos sexos
Es en maldad más fecundo.
Válgame Dios, qué manía
De desperdiciar discursos.
Los hombres y las mujeres
son la gente peor del mundo».

No le queráis mal, señoras, al autor de esas bromas: es el mismo que ha dicho de vosotras toda la verdad con la más exquisita galantería:

«Las niñas del extranjero
llevan ojitos de tierra,
sólo en Cantabria las niñas
ojitos de cielo llevan».

Una de las pasiones nobles que el vasco haya poetizado es su amor entrañable á la libertad de su suelo, de sus queridas montañas, de sus purísimas costumbres, de sus santas tradiciones, de sus leyes milenarias. Y, ¡asombraos! ese amor, ese deber, es el que más á menudo se le echa en cara como una traición, como un crimen, como una vergüenza. Recuerdo que en una ocasión análoga á la presente, canté con mi humilde voz, esa eterna aspiración del euskalduna de regirse según unos fueros reconocidos y jurados por el rey más absolutista é imperialista de la edad media, por el gran Felipe II.

¡Divinos sentimientos que habeis sido por su belleza, energía y constancia, las verdaderas raíces de nuestra inmortalidad á través del oleaje de la historia, ojalá no os borreis jamás en el alma euskalduna!

No creais, sin embargo, que tenemos un carácter gimoteador y llorón, no; hay pocos espíritus tan naturalmente joviales como el nuestro. El vasco es filósofo por instinto, y no hay en la vida catástrofe capaz de aplastar su alma en un definitivo encurrucamiento; hasta sobre las tumbas más queridas pronuncia una sentencia consoladora que parece fatalista y no lo es: porque va amasada en su fé inquebrantable de cristiano: «*A la bearra*». Así debía de ser; es el destino; pero un destino destinado, según lo proclamó el autor del himno:

«Jaungoikoak berak naidu
ni arat joatea
Ama zertarako da,
negar egitea».

Ha copiado además en su modo de ser y de sentir las escenas que se suceden en el grandioso cinematógrafo de sus montañas; él sabe que si se despeña un torrente es para engendrar toda una familia de arroyuelos, y que si una nube encapota la cumbre, es el sol que oculta su

pudor, en los instantes en que renueva su toilette, para aparecer después:

de Dios y de los hombres
maldito sea»

Debo concluir. Desearía que algún intelectual vascongado defendiera nuestra literatura, haciendo brillar su cortejo de constelaciones, de manera á hacer ver la verdad á los mismos ciegos por sistema; no debemos permitir que se nos arroje ningún guante, sin que lo recojamos al momento, dando á entender á nuestros adversarios interesados ó ilusos, que no se nos ofende impunemente, porque poseemos la verdad, en cuyo honor:

«Armatuak baikare
leoinaren pare».

Hago votos, señores, para que estos hermosos recuerdos de la montaña, tan débilmente evocados por mi palabra, nos alienten á ser y á parecer lo que en una de sus más tiernas poesías ha deseado Pello-Mari:

«Itz baterako au da
eskatzen aizuna:
izan zaitez nonnai ta
beti, *Euskalduna*».

F. R. LAPHITZ.

Buenos Aires, Julio 1906.



GIPUZKOAKO GIZONAK

XII

Motrikuko jaiotarren artean ezagungarrituak izan dira gizon argi-dotar anitz. On Migel *de* Bidazabal Kantauriako Ozeanoko armada Errealaren Almirante izandu zan eunkida amazapigarrengoan, zeñetan serbitzatu zeban ogei ta amasei urtean. Milla seieun ta amalagarren urtean eraman zeban Flandes Eskuadra bat ogei ta bi ontzirekikoa tropa leorreratzekoakin; milla seieun ta emezortzigarrenean Jibaltarko itsas-estuan peleatu zan mairuen bost ontzi lodiren kontra, zeinzubek India-etatik zetozen aberastasun andiak, eta guztiak garaitu ta bereturik eman izan ziozkan Erregeren Erarioari irureun milla dukat; urte berean arrapatu zituen beste bi ontzi. Andik laster, aipatu dan itsas-estuaren urtean, amar ontzi Españako eta amasei Flandeskoai berak agintzen ziela peleatu izan zan garagarillaren ogei ta laugarren egunean mairuen Eskuadra ogei ta zortzi ontzirekikoaren kontra, eta oetatik ogei ta bi garaipendurik libratu zituen milla ta bosteun kristau katibu zeuzkatenak; baita bildu ere kargamendu aberats bat Lanzarote-ko Ugartetik zekartena. Eta eunkida onetan merezi dute izendatzea On Juan eta On Tomas Idiakez anaia biak, lenengoa Kapitan Jeneral Martizti errealetako, eta On Fernando seigarrena Prinzipe zala onen zaintzalle egona, eta bigarrena ere orobat Kapitan Jeneral Martizti errealetako, Gobernadore eta Kapitan Jeneral Andaluziakoa, zeñaren oroitpena ospatsua dan Kadizen eta Portu Santa Maria-koan, toki bi oetako jen-

dearen ornidurarako iturri geza gozo ugari ederra ifini izan zebalako. On Antonio *de* Gastañeta ó Iturribalzaga Teniente Jeneral armada errealekoa, eta itsasozco ibilleraren gañean guztiz jakinduri andikoa; izkribatu zituen bi liburu baliosoak chit, bata ugarotarra zegokiotena; eta bestea ontzigille-entzako guztiz beardana, zeñak sartu zeban Españan ontzigiteko modu berri ona, eta oraindik gordeak arkitzen dira berak egindako bi molde zeintzuben adierazten dabeen argi eta garbi, gai onetarako iritsi izan zeban jakinduri andia. Euskaldun argidotar au ill-zan Madrilen milla zazpieun ogei ta zortzigarren urteko otsa-illaren bostgarren egunean, irurogei ta amabi urte zituen adiñean.

Mutiloako Elizan arkitzen da San Pedro-ren Erlikia bat bertako jatorri On Pedro Apaolaza Arzobispo Zaragozakoak biraldua.

IZTUETA.



ZUBIETA

¡8 DE SEPTIEMBRE DE 1813!

El día 16 del presente celebróse con gran animación en la comunidad de Zubieta la fiesta en conmemoración de aquella memorable fecha ¡8 de Septiembre! en que, humeantes aún los escombros de la que antes había sido ciudad, reuniéronse en Zubieta aquellos valerosos donostiarras, pocos en número pero grandes en energía y actividad, acordando reconstruir la ciudad sobre los cimientos destruídos por la acción del incendio.

En representación del Ayuntamiento de San Sebastián, asistieron á la fiesta el alcalde, señor Marqués de Roca-Verde, y los concejales señores Salazar, Satrustegui, Arnao, Irigoyen, Borda, Rivilla, Andonaegui, Vega Seoane, Laffitte, Arrieta, Elósegui y Carasa.

La comitiva salió de la plaza de la Alameda en carruajes, á las ocho y media de la mañana, siendo recibidos en Zubieta por las autoridades de aquella localidad.

Inmediatamente se dirigieron en procesión á la iglesia, en donde se celebró una solemne misa, dejando los ediles las consabidas ofrendas.

Terminada la función religiosa salió de la iglesia la comitiva y ante la histórica casa de juntas pronunció el alcalde, señor marqués de Roca-Verde el siguiente y elocuente discurso:

«*Señores:*

Jamás olvidarán los buenos donostiarras la fecha luctuosa del 31 de Agosto de 1813; pero tampoco se olvidarán jamás el fausto día del 8 de Septiembre del mismo año.

Día de execración aquél y los que le siguieron, en los cuales fué entregada nuestra querida ciudad al pillaje de una soldadesca desenfrenada que cometió toda clase de excesos y no se contentó con menos que verla presa de las voraces llamas y dispersos sus moradores, trémulos de espanto, por los lugares circunvecinos.

Aún no hace muchos días recordaba desde la presidencia del excellentísimo Ayuntamiento aquella horrible hecatombe con motivo del derrumbamiento de otra ciudad, tan populosa y tan comercial como Valparaíso, en la república de Chile, si bien aquélla, para mayor desgracia, fué obra exclusiva de los hombres, y ésta, aunque muy sensible también, ha obedecido á las fuerzas propias de la naturaleza.

Pero no es hoy la conmemoración de las llamas, de los dolores y de las guerras; aunque íntimamente relacionada con aquélla, hoy celebramos la resurrección de aquel pueblo por los Bengoechea, Gogorza, Arizmendi y tantos otros adoloridos patricios, que se congregaron aquí, en esta misma casa de Aizpurua y después de llorar sobre las ruinas, con pecho firme y ánimo esforzado trataron de reconstruir la ciudad que con el tiempo había de llegar á ser la perla del Cantábrico y la residencia veraniega de nuestros augustos soberanos.

Imitémosles: sean nuestros deseos y nuestras obras como éstas, de edificación y de vida no de destrucción y de muerte, y hagamos en tal día, como hoy, fervientes votos de una mayor paz y armonía entre los hombres para que no añadan á las horribles convulsiones de la tierra las espantosas catástrofes de sus pasiones desbordadas.»

Por la tarde la música municipal de San Sebastián y el tamboril de la comunidad amenizaron grandemente el inolvidable día.

Después se bailó por los señores concejales donostarras un solemne aurresku, los que galantemente invitaron á algunas respetables señoras de Donostia y de Lasarte, quienes completaron á toda maravilla el zortziko.

El señor Satrustegui bailó admirablemente *la primera mano*—aurresku—quien fué felicitado con entusiasmo por toda la concurrencia.

Por la noche se quemó una bonita colección de fuegos artificiales que hizo las delicias del vecindario.

La fiesta terminó, mejor dicho, el recuerdo histórico, se conmemoró á satisfacción completa de todos los donostiarras que asistimos el domingo á la la comunidad de Zubieta.



EXAMEN CRITICO

del Tratado Lingüístico de don Julio Cejador y Franca, encargado de las conferencias filológicas en el Ateneo científico de Madrid, titulado "El Lenguaje, sus transformaciones, su estructura, su unidad, su origen, su razón de ser"

Este notabilísimo trabajo que tanto ha llamado la atención de la prensa, no es en resumen sino la demostración práctica de nuestras doctrinas psicológicas sobre las sensaciones del niño, orden en que se suceden, gritos inteyectivos de que se acompañan, agentes exteriores que determinaron su producción, época en que aparecen, cambios que señala su aparición, así en el espíritu como en el organismo del niño, á medida que este crece y pasa de una á otra edad, de una fase evolutiva á la siguiente hasta llegar al período de pubertad y adquirir las condiciones necesarias para constituir una nueva familia, etc.

En una palabra, la obra del distinguido ateneista, la más útil de cuantas ha producido la lingüística moderna para sus sucesivos progresos, es la confirmación plena tal y como pudiéramos desear, dado los actuales conocimientos, de nuestro libro *Tentativas de reconstrucción de nuestro lenguaje natural y el problema de la palabra*, impreso el año 1898, y anterior por consiguiente, á la aparición de la obra citada.

He aquí lo que nos proponemos demostrar en la serie de artículos que vamos á dedicar á su exámen, y al efecto comenzaremos la interpretación de las cinco primeras letras del alfabeto, *a, e, o, u, i*, que son,

sea dicho de paso, al lenguaje hablado, lo que los elementos constitutivos del óvulo fecundado de que nace el niño son al organismo del adulto, la simiente á la planta, y la célula al tejido, esto es, el germen mismo de la palabra humana.

Mas para facilitar nuestro trabajo y dar á conocer en cierto modo las diferencias esenciales que median entre la palabra y el grito, y expresar á la vez la génesis evolutiva del grito humano parécenos conveniente transcribir aquí el primer capítulo de nuestro libro, que copiado á la letra dice así:

«La palabra, en la filosofía del lenguaje es el verbo compenetrado y presente en el entendimiento del hombre. Consta de dos factores, la idea y el grito, y estos dos factores son á la palabra, lo que el alma y el cuerpo son á nuestra persona: y así como la persona del hombre no puede ser bien conocida sino conociéndola en el alma, esto es en sí y conociéndola en el cuerpo, esto es, en lo sensible su obra; así también la palabra no puede ser bien conocida sino conociéndola en la idea, esto es, en sí, y conociéndola en el grito, esto es, en lo sensible su obra.

La idea de la palabra es el *Yo*, y esta idea es la característica que distingue y separa el alma racional del hombre del alma irracional del bruto.

El grito, organismo de la palabra, es la vocal *a*, primera letra del alfabeto, y este grito es la característica que distingue y separa la voz del hombre del grito del animal, como el cuerpo humano es la característica que separa el organismo del hombre del organismo del bruto.

El estudio del *Yo* constituye la psicología de la palabra, y este estudio puede hacerse en los innumerables tratados que sobre ello se han escrito, y á los cuales remitimos al lector que quiera imponerse en la materia.

El estudio del grito constituye su psicología, mas esta ciencia no ha sido aún creada, y no puede, por consiguiente, estudiarse en ningún tratado, pues no merecen el nombre de tales las tentativas que con este objeto hicieron en la antigüedad los filósofos griegos y romanos, y en la edad moderna algunas eminencias científicas, pues no se ve en sus escritos nada que pueda formar un cuerpo de doctrina.

Por esta razón, y porque en el orden natural lo sensitivo precede á lo intelectual, conviene comenzar por el grito el estudio de la palabra humana.

El grito humano

Considerado en sus factores el grito humano es el sonido animado y vivificado por nuestro *aliento*; á la manera que el cuerpo en que se produce y de quien es imagen y característica, es materia organizada, animada y vivificada por el alma espíritu; y como el universo sensible en el que el hombre vive y de quien es imagen y característica en la misma filosofía, es la materia universal animada y vivificada por el aliento de Dios: más la materia en dicha filosofía es *sonido*, y el aliento es *espíritu*.

Considerado en su producción, esto es, fisiológicamente, el grito llamado también inteyección, es el complemento obligado y necesario de los movimientos reflejos que determina la sensación de cuya naturaleza inconsciente participa por esta razón; á la manera misma, decimos, que los sonidos exteriores son el producto inmediato y necesario de las vibraciones que determinan en los cuerpos los choques ó impresiones que reciben: de que se sigue que bajo este punto de vista la sensación es á nuestro cuerpo lo que el choque es al cuerpo percutido.

Ahora bien, así como las vibraciones que determina el choque en el cuerpo percutido alcanzan á todas y cada una de sus moléculas y repercuten hipotéticamente en todo el universo, así también los movimientos reflejos que la sensación determina, alcanzan á todas y cada una de las fibras de nuestro cuerpo y repercuten en todo nuestro ser, y repercuten sobre todo y muy especialmente en el aparato fonético de nuestro pecho por razones que la fisiología explica y de que no tenemos que ocuparnos aquí.

Pero á la manera que aquellas vibraciones se modifican y cambian en cada caso particular, y ofrecen variedades que se corresponden con las que á su vez ofrecen los agentes que determinaron su producción: así también los movimientos reflejos producidos por la sensación se modifican y cambian en cada caso particular, y ofrecen variedades que se corresponden con las que á su vez ofrecen los agentes que determinaron su producción, de tal modo y en tal forma, que á un agente dado *b*, corresponde la sensación *b*, y el grito también *b*, y á un agente *m*, la sensación *m*, y el grito también *m*. Tal es el origen de las primeras

consonancias del lenguaje del hombre con el universo creado que es el lenguaje de Dios.

Mas aquellas variedades por acentuadas que sean, jamás alcanzan á borrar el tono fundamental de la voz humana que es el grito dicho *a*, como no alcanzan tampoco á borrar el tono fundamental de los cuerpos ó sea su timbre; de que se infiere que la unidad en la variedad que es la ley de la naturaleza es también la ley por que se rige el grito humano; como así lo probaremos mejor más adelante.

Síguese de lo dicho que los seres exteriores al impresionar nuestro organismo por medio de sus cualidades sensibles dan según su naturaleza, á muchas y variadas sensaciones, cada una de las cuales tiene en el aparato fonético de nuestro pecho, su modalidad propia y característica, ó sea su tonalidad, llamada *interjección*, como tiene en nuestro semblante su expresión típica y característica, llamada *mímica*; pero así como esta mímica y esta expresión sólo se hacen perceptibles al exterior á favor de la luz y requieren para su manifestación: 1.º la integridad en el órgano; y 2.º un foco luminoso que lo ilumine; así también la inteyección sólo se hace perceptible al exterior á favor del sonido, y requiere para su manifestación: 1.º la integridad en el órgano, y 2.º una excitación bastante viva para hacerlo vibrar con cierta fuerza.

Si pues falta cualquiera de estas dos condiciones la inteyección no se revelará al exterior, pero quedará grabada en todo nuestro ser como la nota musical en un instrumento bien templado, porque preciso es decir si hemos de comprender la génesis y el mecanismo de nuestros gritos.

Que el cuerpo humano es y debe ser considerado por el lingüista como un gran armonium que teniendo su registro en el pecho, formado de inteyecciones que son como sus notas musicales, tiene, sin embargo, su teclado en el cerebro, formado de imágenes, que son las imágenes, de aquellas inteyecciones grabadas sobre las sensaciones de que son expresión, pero grabadas de tal modo y con tal fuerza.

Que siempre una excitación venida de fuera llega al alma y se produce la sensación, la imagen sobre ella grabada, que es como la tecla del instrumento, se pone en conmoción, y esta conmoción transportada inmediatamente al pecho al través de los nervios motores, que son como las cuerdas del armonium, producirá la inteyección, que será luego transmitida al exterior á favor del sonido, siempre por lo menos que se cumplan y realicen las dos condiciones de que hemos hablado arriba.

Tal es, en pocas palabras, el mecanismo del grito humano, característica como se vé, de la sensación de que es expresión y su imagen en el alma; característica también y la expresión del agente exterior que determinó su producción y su imagen en el alma; puesto que en buena doctrina psicológica nuestras sensaciones son las imágenes y representaciones de los seres sentidos, ó sea de los agentes que determinaron su producción, y viceversa, los seres sentidos son imágenes grabadas sobre nuestras sensaciones.

Pero réstanos aún exponer algo para completar esta explicación y para comprender además las consonancias del lenguaje del hombre con la naturaleza creada, que es el lenguaje de Dios.

En efecto, en la filosofía del lenguaje, lo mismo exactamente que en la filosofía de Pitágoras, el universo creado es á su vez un gran armonium formado de seres que son sus notas musicales, de tal modo, que siempre que una excitación venida de uno de estos seres ó notas musicales llega al alma humana y se produce la sensación, la imagen sobre ella grabada, que es la imagen del ser ó nota musical sentida, se pone en conmoción y esta conmoción transportada inmediatamente al pecho al través de los nervios motores, sus naturales conductores, produce la inteyección, que es luego transmitida al exterior á favor del sonido.

De que se sigue que el grito humano no es sino el eco y la repercusión de los sonidos ó notas musicales que el alma del hombre percibe en el concierto de los mundos, *vox repercussa naturæ* la imagen de dichas notas musicales y su fiel reflejo, y últimamente su onomatopeya. En una palabra, las inteyecciones son las notas musicales del gran armonium universo creado compenetradas y presentes en el armonium humano. Y conviene que el lector se penetre bien de estos detalles para la buena inteligencia de lo que nos resta que decir aún sobre este particular.

Estas notas características de los seres en que se producen llegarán á ser en el lenguaje humano los nombres de dichos seres por un sencillo mecanismo que no tardaremos en dar á conocer, de modo que partiendo de este hecho indiscutible podemos decir sin temor de equivocarnos, que cada ser según su naturaleza, lleva grabado su nombre en sí mismo, mas este nombre, podemos añadir sólo ha sido revelado por Dios á su predilecta criatura, el hombre, por un privilegio especial no concedido á ningún otro ser.

A esto alude indudablemente la Sagrada Escritura allá donde nos dice: «Y convocó Dios á los animales de la tierra y á los pájaros del cielo y los presentó á Adán para que les impusiese su nombre: y el nombre que les impuso éste es el suyo. *Omne enim quod vocabit Adan anima viventis ipsum est nomen ejus.*»

Cuando una sensación, cualquiera que sea, se eleva á la categoría de la idea, sucede que el grito, expresión de aquella sensación, se eleva, á su vez, á la categoría de la palabra, expresión de aquella idea por un sencillo mecanismo que no vemos, sin embargo, explicado en ningún tratado. Tal es y tanta la ignorancia que reina sobre la materia.

Cuando se opera una de aquellas transformaciones, sucede que la imagen grabada antes sobre la sensación queda á la par grabada sobre la idea que se vivificó en dicha sensación; pero grabada de tal modo y en tal forma, que siempre que una volición nacida en el alma llega al entendimiento y se produce la idea que aún es sensación, la imagen sobre ella grabada se pone en conmoción y esta conmoción transportada inmediatamente al pecho en la forma que hemos expuesto arriba produce la inteyección que es luego transmitida al exterior á favor del sonido.

Y este sonido es la palabra que se diferencia de la inteyección.

1.º En que esta última se produce por corrientes centripetas que partiendo del mundo que nos rodea, llegan al alma al través del cuerpo y de sus nervios sensitivos; mientras que la palabra se produce por corrientes centrífugas que partiendo del alma se dirigen al exterior al través del cuerpo y de sus nervios motores.

2.º En que la palabra animada y vivificada por una idea libre y consciente, que no puede, sin embargo, vivir sino encerrada en un grito esta imagen fiel del hombre animado á su vez y vivificado por un alma consciente que no puede, sin embargo, vivir sino encerrada en un cuerpo inconsciente; mientras que la inteyección animada y vivificada por una sensación inconsciente que vive encerrada en un grito también inconsciente, es la imagen fiel del ser sensitivo, animado á su vez, y vivificado por una alma inconsciente que vive encerrada en un cuerpo inconsciente.

Síguese de aquí que el grito humano es la expresión y la forma propia de la sensación y su complemento obligado y necesario á la manera que el cuerpo en que el grito se produce, y de quien es característica é imagen, es á su vez la expresión y la forma propia del alma sensitiva, y su complemento obligado y necesario, mientras que la palabra es la

expresión y la forma propia de la idea y su complemento obligado y necesario, sin que esto implique ningún ataque á la unidad originaria del alma ni á la unidad originaria del lenguaje.

Conste, pues, en oposición á doctrinas muy generalizadas, que así como el alma no es ni puede ser en la tierra sin el cuerpo, su complemento obligado, así también la idea no es ni puede ser en el entendimiento del hombre sin la palabra, su complemento también obligado y necesario: circunstancia atendible que debieran tener en cuenta cuantos engañados por falsas apariencias, han llegado á creer con Vittney que entre la voz y su signado, esto es, entre la palabra y la idea por ella expresada, no hay ni puede haber ningún lazo orgánico interno y necesario cuando sucede precisamente lo contrario. En efecto, entre la idea y la palabra existen por el contrario los mismos lazos orgánicos internos y necesarios, que entre el alma y el cuerpo, y así como estos últimos no pueden romperse ni disolverse sin que el hombre perezca así también los primeros no pueden romperse sin que la palabra perezca.

Cuando el sofista inglés nos dice que toda voz ó palabra es arbitraria en el mero hecho de que entre los miles de voces de que se sirve el hombre y los millones de que pudiera servirse, cualquiera otra pudiera servir para expresar la misma idea; y convencional porque si se sirve de ella es porque así lo han hecho sus antecesores; no comprende seguramente que al expresarse así ha confundido lamentablemente el sonido que es el alimento de que se nutre la palabra con la voz que forma una parte integrante y constitutiva del vocabulario de las lenguas lo que aquí vale á confundir el alimento con el órgano por él nutrido.

En efecto, el conjunto de nuestros gritos forma el lenguaje humano, como el conjunto de individuos forma el hombre humanidad: y así como el hombre se nutre y alimenta de los materiales que le proporciona el mundo que le rodea, así también su lenguaje se nutre y se alimenta de los sonidos que le proporciona el mundo que también le rodea; pero á la manera que aquellos materiales una vez asimilados llegan á formar una parte integrante y constitutiva del organismo que los ha asimilado y no pueden ser violentamente arrancados de él sin que el individuo perezca; así también los sonidos exteriores, una vez asimilados, llegan á formar una parte integrante y constitutiva del lenguaje que los ha asimilado, y no podrán ser violentamente arrancados de él sin que el lenguaje perezca. Entendíalo así Vittney, y comprendería

entonces la impotencia del individuo para sustituir y cambiar una sola voz de su respectiva lengua.

El hombre en el claustro materno pasa por un período embrionario durante el cual se nutre y se sustenta de la carne y de la sangre de sus padres y progenitores, que son su propia carne y su propia sangre, de tal modo, que en el momento de nacer no hay ni puede haber en el recién nacido una sola fibra ni un solo átomo que antes no haya estado en los padres, sus progenitores.

De la propia manera el lenguaje ha pasado por un período también embrionario, durante el cual se ha nutrido y alimentado de la sustancia de sus padres y progenitores las *interjecciones* que son su propia sustancia, de tal modo que en el momento de nacer no había ni podía haber en el lenguaje naciente una sola nota ni un solo acento que antes no hubiera estado en las interjecciones sus progenitores.

Desde este punto de vista el grito humano puede y debe dividirse en grito propio ó interyección propiamente tal, y en grito apropiado ó sea la llamada onomatopeya; pero así como las onomatopeyas participan de la naturaleza de las interyecciones en cuanto en su primera producción son la expresión inconsciente de una sensación también inconsciente, así también las interyecciones participan de la naturaleza de la onomatopeya en cuanto son según hemos manifestado arriba, el eco y la repercusión de los sonidos que el alma humana percibe en los seres del universo creado *vox repercussa nature*.

Síguese de aquí que el conjunto de nuestros gritos, bien sean propios ó apropiados forman nuestro lenguaje.

Divídese éste en sensitivo, inconsciente é interjeccional, y en intelectual, consciente y en hablado.

El primero es común al hombre y á los animales superiores, el segundo es privilegio exclusivo de nuestra persona.

Mas ambos á dos se dividen y deben dividirse, para su mejor estudio en lenguaje interior y suprasensible y en lenguaje exterior y sensible ó material.

El primero, esto es, el lenguaje sensitivo é interior se compone de las imágenes de nuestros gritos que son á la par las imágenes de los seres sonidos sentidos, pero tal y como los comprende nuestra alma sensitiva, esto es, completados en lo sensible y formando con lo sensible un todo unido, indiviso é inseparable.

El segundo, esto es, el lenguaje intelectual interno, se compone de

las imágenes de los mismos gritos é imágenes también de los seres sonidos sentidos, pero tal como los comprende nuestra alma intelectual, esto es, abstracción hecha de lo sensible en que se nos muestran.

El primero se vivifica en el *instinto* que el alma presente en el sensorio; el segundo en el *yo* que es el alma presente en el entendimiento; mas ambos á dos se completan en el lenguaje exterior y sensible ó sea en el grito.

Sentados estos primeros principios, pasaremos ahora á reconstruir el lenguaje natural del hombre, sorprendiéndolo en el único punto en que hoy puede ser sorprendido, esto es, en el niño, guiándonos al efecto de las preciosas luces que nos legó nuestro antecesor y paisano el gran lingüista Astarloa, reputado, sin embargo, como visionario, por lo que constituye precisamente el pedestal de su futura gloria, esto es, por haber demostrado cual ninguno lo había hecho antes de él, que las letras del alfabeto son otros tantos gritos naturales, y los gritos además, sobre los cuales ha cimentado el hombre la maravillosa obra de su gramática, como sobre los cuerpos simples (y perdónesenos el paralelo por lo que tiene de exacto) cimentó Dios la maravillosa obra de la creación, que la Gramática Divina.

VICENTE AGUIRRE.

Eibar.



SOCIEDAD DE SALVAMENTOS DE NAUFRAGOS

Un ameno escritor marítimo lo dijo, y otros no tan amenos lo repetimos, que «la institución de Salvamentos de Náufragos, será siempre la señora para todo el que navegue y aun para todo aquél que tenga buenos sentimientos aunque no navegue y la pondrá en el sitio de preferencia.»

Por tal razón, la «Sociedad humanitaria de Salvamentos de Guipúzcoa», que, modestamente, ha reservado su festival para cuando se han agotado los brillantes programas de fiestas que, admiradas y contempladas por los de casa y por los que nos honran con sus visitas, han sido dignas del patriotismo, gusto y cultura de San Sebastián, preséntase hoy ante marinos y no marinos, segura de que sus hombres serán acogidos con el aplauso que merecen los que, con abnegación, heroísmo y desinterés, cumplen los altos fines de la humanitaria institución: evitar naufragios, salvar náufragos, recompensar á los salvadores de éstos.

Tres son los actos ó números del programa que realizará hoy nuestra Sociedad de Salvamentos, y de los tres dió la prensa local detalles interesantes, que he de repetir aquí.

Trátase por el primero, de practicar y de adiestrar á la brigada de salvamentos y á las personas que presencien el ejercicio, en el manejo de los cohetes lanzacabos que, poniendo en comunicación el buque náufrago con la costa, proporcionan un medio relativamente fácil de salvación á los tripulantes del buque encallado, cuando las rompientes ó los peñascos impiden el acceso del bote salvavidas ó de la trainera que, á falta de aquél, sale del puerto, tripulada por hombres de corazón intrépido.

Con el concurso de natación, tiéndese á estimular la afición á ese ejercicio que, útil para la higiene y para el desarrollo de la gente joven, lo es en mayor grado para quien por un accidente que tanto se repite, pudiera perder su vida mientras la salvaran otros que supiesen sostenerse y aún avanzar sobre el mar hasta llegar á tierra ó ser socorridos por la embarcación que vaya en su auxilio.

El tercer acto, el que ha de revestir mayor solemnidad, es el de la distribución de premios á los que, sin acordarse de la propia vida, corrieron presurosos á salvar las de quienes estaban á punto de sumergirse en las tenebrosidades del turbulento mar Cantábrico.

Hace un año próximamente verificóse una ceremonia semejante en nuestra Casa Consistorial, y al relatarla en las páginas de la EUSKAL-ERRIA, nos condolíamos de que, á pesar de la importancia y trascendencia que tales actos implican, se verificasen ante la indiferencia del público que tanto bulle, aún en pueriles ceremonias. Y, sin embargo, aquella repartición de premios, tuvo, como lo han tenido otras semejantes que hemos presenciado y como lo tendrá la de hoy, un especial encanto.

Nuestros marinos, al presentarse en la sala, al acercarse á recibir los premios que en medallas honoríficas ó en metálico se les concede, no se asemejan ni al estudiante aprovechado, ni al militar valeroso, ni al triunfador de una carrera, ni aun á sí mismos cuando han ganado el premio de una regata. Tras la regata se presentan altaneros, discutidores, exigentes de lo que, con justicia, conceptúan tener bien ganado; pero tras la epopeya en que fueron héroes y despreciaron la propia vida refundiéndola toda en el supremo anhelo de rescatar la que corría inminente riesgo, preséntase el marino—que no ignora la procedencia del premio—como quien va á recibir una merced de los señores que forman la mesa, y así es que se acerca, tembloroso, bulbuciente, *confundido* ante los agasajos y enhorabuenas que recibe por su conducta, y por la distinción que guardará con tanta estima.

Y es que allí, en las regatas, pensó la cabeza y recordó que había un premio material; y aquí, en el naufragio, el corazón lo hizo todo.

No se acordó el salvador valiente, de la asiduidad de la Sociedad de Salvamentos que le seguía con mirada anhelante y generosa; sólo veía el punto refulgente que señalaba el sitio del naufragio; sólo oía la voz del atribulado náufrago que repercutía en las ondas pidiendo auxilio, y la voz de Dios que repercutía en lo último de su ser, infundién-